

LA EDICIÓN EN LA PROVINCIA DE TOLEDO DURANTE LOS SIGLOS XIX Y XX

JULIO PORRES DE MATEO
Numerario

Excelentísimas e Ilustrísimas Autoridades,
Ilustrísimos Académicos,
Señoras y Señores:

Acudo antes ustedes para cumplir, mediante la lectura de mi discurso de ingreso, el último de los preceptivos pasos que esta Real Academia contempla para regular la incorporación de sus nuevos miembros, los académicos numerarios. He sido elegido por los que componen esta Academia, que aceptan que yo sea su compañero en una institución toledana con una importantísima trayectoria, a la que vengo con la disposición de colaborar en la medida de mis fuerzas. Ellos son mis amigos y, para mi, la relación con la Academia es antigua; conozco bien esta casa y a quienes forman parte de ella. Durante los últimos años he sido ya académico, pues tuvieron a bien aceptarme como correspondiente en Toledo; pero, incluso mucho antes de estos años, la Academia era para mí una institución próxima, conocida y querida. En mi adolescencia he acudido esporádicamente a estos salones en compañía de mi padre, quien, desde su ingreso en 1964, ha estado presente en más de seiscientos sesiones oficiales y públicas de la institución. Y yo calculo que en otras tantas más, no contabilizadas, para las muchas labores que venía a realizar en ella, con un cariño y una entrega que para todos nosotros, en su familia, era una muestra permanente de su afecto y admiración por la Academia. Este afecto y esta admiración nos los ha sabido transmitir con su ejemplo. Por tanto, conozco de primera mano

los desvelos que pide la pertenencia a esta institución y, en la medida de mis fuerzas, intentaré participar en ella en todo lo que se me pueda requerir.

A partir de hoy, vengo a hacerme cargo de la medalla que, hasta hace muy poco tiempo, distinguía como miembro de esta casa a doña Matilde Revuelta Tubino. Ella formó parte de la institución durante diecisiete años y resulta ser, por muchos motivos, merecedora de un recuerdo por nuestra parte.

Burgalesa de nacimiento, natural de Villadiego, cursó bachillerato en la ciudad de Burgos y continuó sus estudios en León, donde logró el título de Maestra Nacional en 1941. Completó su formación con la licenciatura en Filosofía, sección de Historia, en la Universidad Complutense de Madrid, en 1945. Ganó por oposición plaza de maestra, y ejerció como tal en los pueblos burgaleses de Villafranca de Montes de Oca y Villamayor de Treviño.

Pronto se preparó para ingresar en el cuerpo de Archiveros, Bibliotecarios y Conservadores de Museos, ampliando estudios en los cursos de formación técnica impartidos por el Ministerio de Cultura y realizando sus primeras prácticas en el Museo de Artes Decorativas de Madrid, en los años 1953 y 1954. En este mismo año consiguió ingresar por oposición en el cuerpo de Conservadores de Museos y realizó el curso práctico preceptivo en el Museo Arqueológico Nacional. Su primer destino fue como Directora en el Museo Arqueológico de León. En esta ciudad completó su actividad dirigiendo, además del Museo, la Biblioteca Pública Provincial el Centro Provincial Coordinador de Bibliotecas, el Archivo de la Delegación de Hacienda, la Biblioteca de la Facultad de Veterinaria y, a la vez, actuó como Delegada del Servicio de Depósito Legal.

En el año 1958 consiguió su traslado con el cargo de Directora al Museo Arqueológico de Toledo, así llamado hasta su cambio de nombre por el de Santa Cruz, en 1961. Como Directora, participó intensamente en el expediente de declaración de monumento nacional logrado para el antiguo Hospital de Santa Cruz, título concedido en 1962. La necesidad de ofrecer secciones especializadas del rico y variado patrimonio artístico de Toledo llevó a la creación de nuevos museos, de los que, paulatinamente, también asumió la dirección. Fue, por tanto, directora de los museos filiales del Taller del Moro en 1963 y del Museo Ruiz de Luna, de Talavera de la Reina, en el mismo año; de la Casa-Museo de Dulcinea en El Toboso desde 1967, del Museo de los Concilios y de la Cultura Visigoda en 1969, Directora del Palacio de Fuensalida desde 1970, también declarado monumento en 1962, y, finalmente, directora desde 1975 del Museo de Arte Contemporáneo de Toledo. Permaneció al frente de todas estas instituciones, defendiendo el patrimonio artístico toledano hasta su jubilación.

Su actividad profesional le llevó a participar en diversas instituciones y grupos de trabajo: vocal de la Comisión Permanente del Instituto Central de Restauraciones Artísticas de Madrid, también de distintos patronatos, como el Nacional de Museos, o el del Museo del Pueblo Español.

En Toledo representó al Ministerio de Cultura en la Comisión del Patrimonio Artístico y fue vocal del patronato de la Casa de Cultura de la ciudad, además de participar activamente en las instituciones culturales locales, como el Instituto de Estudios Visigótico-Mozárabes y el Instituto Provincial de Investigaciones y Estudios Toledanos. Fue académico correspondiente en nuestro provincia de la Real Academia de San Fernando de Madrid.

Su actividad y su identificación con Toledo le llevaron a ingresar con todo merecimiento en esta Real Academia de Bellas Artes y Ciencias Históricas en mayo de 1968, y dentro de ella ejerció durante varios mandatos el cargo de Arqueóloga, por elección de sus compañeros.

Su vocación como conservadora de los museos toledanos se completaba con su afán por difundir su contenido; por tanto, uno de sus objetivos constantes era la publicación de guías y memorias tanto del Museo de Santa Cruz como de los restantes museos a su cargo; lo que hacía tanto en revistas especializadas como en monografías específicas. Su estudio del arte en la ciudad dio como fruto más destacado la publicación del excelente *Inventario Artístico de Toledo*, obra en dos volúmenes en la que supo dirigir a un amplio equipo de investigadores para revisar e inventariar el abundante patrimonio mueble de valor artístico conservado en la Ciudad. Una de sus obras quiero recordar con mayor detalle, en razón del contacto personal que supuso su realización entre nosotros, el *Catálogo monumental y artístico de la catedral de Toledo*. El original inédito de este libro fue localizado entre los papeles de su casa por el actual conde de Cedillo, el ilustrísimo señor don José Luis Pérez de Ayala, también miembro de esta Real Academia. Como él mismo relata en el prólogo de la obra, no tuvo duda en ponerlo en manos de doña Matilde con total confianza y libertad para su organización, corrección y actualización; ella decidió cómo y qué partes merecían la publicación y corrigió y revisó su contenido de cabo a rabo, hasta hacer que un texto del año 1919 adquiriera plena vigencia como herramienta para el mejor conocimiento del arte atesorado durante siglos en nuestra catedral. Con este material ya preparado, el Director del Instituto Provincial de Investigaciones y Estudios Toledanos, mi padre, impulsó su publicación y, finalmente, a mi me tocó, en mi calidad de secretario del Instituto, ejecutar el acuerdo

del I.P.I.E.T. Tuve que coordinar la ejecución material, buscando dar el realce que el contenido del libro claramente merecía, lo que se logró con la colaboración de dos diseñadores gráficos toledanos, los primeros que en calidad de tales aportaron su trabajo a una de las publicaciones del I.P.I.E.T. Doña Matilde supo poner en todos nosotros su confianza, y finalmente me felicitó por el buen resultado.

Todos la recordaremos.

Durante los últimos años, mi trabajo en la Diputación Provincial de Toledo, como responsable de las publicaciones, me ha permitido familiarizarme con el mundo editorial de la provincia y, por tanto, constatar la reciente evolución de esta actividad. La publicación de libros ha estado siempre entre la disyuntiva del beneficio empresarial, sin el cual sería impensable su existencia, y el sentido de creación de un nuevo componente cultural, que también es propio de los libros, y que está al margen casi siempre del beneficio. Si la lectura de los libros nos mejora sin duda alguna, su creación y puesta a nuestro alcance en un circuito comercial autosuficiente, e incluso rentable, resulta imprescindible; pero por su dificultad parece más propia de espíritus esforzados antes que de empresarios. Para nosotros puede estar claro que hay diferencias entre la actividad de un impresor y la de un editor. El uno imprime cualquier texto que le encarguen; el otro, prepara, pule y organiza los textos e ilustraciones necesarios para hacer un libro, conforme a un proyecto editorial; puede hacer su trabajo en cualquier taller, no necesita ser propietario de uno; preferirá, en cada caso, la imprenta más adecuada a la publicación que pretende realizar. Sin embargo, estas diferencias no estaban tan claras para los que hacían publicaciones en el siglo XIX y XX en nuestra provincia y que ahora pasa-

remos a presentar. En muchas ocasiones eran las propias imprentas las que, por inquietud del propietario o por relación estrecha con un promotor, realizaban los trabajos propios de un editor, uniendo en un mismo taller o en una misma persona las dos actividades. Por ello, nos hemos detenido y revisado las imprentas de entonces como orígenes de la actividad editorial, buscando en su labor el fruto de una voluntad distinta a la del simple impresor.

Los libros en la provincia toledana se han estudiado ya en el pasado, con buenos catálogos y varias monografías, suficientes como para hacerse una idea bastante ajustada de la producción editorial desde el advenimiento de la imprenta, de las principales etapas en las que se ha realizado la producción de impresos y sus frutos respectivos, además de algún primer esbozo de la distribución territorial de los principales talleres. No citaremos las muchas obras existentes, pues tenemos poco tiempo, pero sí presentaré las más imprescindibles, como el clásico *La imprenta en Toledo. Descripción bibliográfica de las obras impresas en la imperial ciudad desde 1483 hasta nuestros días* de Cristóbal Pérez Pastor, obra merecidamente premiada por la Biblioteca Nacional en el año 1886 y publicada al siguiente. Aunque el título parece limitar a la capital su ámbito de estudio, también ofrece una revisión sucinta de las imprentas editoras de libros de las que tuvo noticia D. Cristóbal, instaladas en otras localidades de la provincia, como Talavera de la Reina, Quintanar de la Orden o Yepes. Otros trabajos continuaron este primer catálogo riguroso, ya en fechas contemporáneas. El más directamente relacionado es de José Simón Díaz, y precisamente se tituló «Cien notas a *La Imprenta en Toledo* de Pérez Pastor». José Ramón Castro publicó *Autores e impresos toledanos de los siglos XV-XX* en Pamplona en 1963, y M.^a Pilar Sanz García, revisó los *Autores toledanos del siglo XX*; Fernando Cota publicó la «Bibliografía manchega... de la provincia de Toledo»; y la

Asociación Montes de Toledo editó una bibliografía de su comarca. Jesusa Vega González también completó el catálogo de Pérez Pastor con nuevas obras de los talleres locales.

La mayoría de los estudios bibliográficos se ha aplicado a las primeras etapas de la producción impresa, desde sus inicios en el último tramo del siglo XV hasta el fin del Siglo de Oro. Se ha estudiado y publicado en mucha menor medida lo realizado por talleres toledanos en la segunda parte de la Edad Moderna y en la época contemporánea, de tal modo que todavía están faltando investigaciones en profundidad para estas últimas etapas. A pesar de todo, el camino se ha desbrozado en algunos puntos con análisis en materias concretas, como el excelente trabajo de Juan Sánchez Sánchez sobre historiografía toledana, publicado en *Toletum*, el Boletín de esta Real Academia. También sigue siendo de gran utilidad para conocer el trabajo de los impresores toledanos contemporáneos la revisión general que publicara a mediados de los ochenta Isidro Sánchez Sánchez en el n.º 18 de *Toletum*, elaborada y titulada en conmemoración del «V Centenario de la Imprenta en Toledo», con una investigación basada en las entidades editoras de prensa periódica, con lo que vino a completar su ya clásico estudio *Historia y evolución de la prensa toledana*. Con el apoyo en estos trabajos y pocas fuentes más, mi aportación actual consistirá en esbozar unas líneas sobre quiénes, en los siglos XIX y XX, han puesto su empeño en producir libros, entendiendo como tales a aquellas publicaciones que superan la cincuentena de páginas y, preferentemente, los que se editan para su distribución comercial, tal y como se recoge por las normas internacionales.

Para completar los datos ha sido necesario acudir a descripciones de libros más pormenorizadas y, todo hay que decirlo, más fáciles de consultar. La localización y acceso a los catálogos de libros

impresos se ha podido realizar con la mayor eficacia gracias a los abundantes recursos informativos que ofrece internet, el sistema universal de transmisión de información, alimentado durante años por la labor constante de un sinnúmero de bibliotecarios y documentalistas. En particular, hemos encontrado gran ayuda en la esforzada labor de difusión realizada en los últimos años por el sistema regional de bibliotecas de Castilla-La Mancha, que ofrece detalles minuciosos sobre nuestros impresos. Se ha consultado la Biblioteca Nacional y para localizar las editoriales más recientes hemos recurrido a la información facilitada la Agencia Española del Sistema Internacional de Numeración de Libros, el conocido ISBN, que identifica con su número a todos los libros impresos desde 1972. Con los recursos de todas las bibliotecas públicas se alimenta el Catálogo Colectivo del Patrimonio Bibliográfico Español, verdadero tesoro de datos. La Universidad de Castilla-La Mancha también está sacando adelante un empeño idóneo para el conocimiento de los impresos recientes en nuestra región, el Centro de Estudios Regionales, adscrito a la Biblioteca Universitaria y radicado en Ciudad Real, donde lo dirige Isidro Sánchez. Para lo específicamente toledano, lo propio de nuestra ciudad, la mejor fuente de información es, sin duda, la Bibliografía Toledana del Centro de Documentación de la Real Fundación de Toledo.

Como ven, además de lo ya hecho por algunos buenos estudiosos e investigadores, las posibilidades de búsqueda son hoy verdaderamente amplias, pues se dispone de fuentes muy diversas y bien cualificadas; está claro que queda mucho por hacer con tanto material disponible. La ingente obra de análisis minucioso que requiere todo ello desbordaría el marco de esta intervención y la paciencia de todos ustedes. En la revisión que ahora les presento veremos la labor de los talleres que han venido actuando en nuestra provincia como editores de libros en los siglos XIX y XX. Tras ellos, daremos

noticia de la labor realizada por las instituciones públicas, particularmente de la administración local, pues la consulta de las publicaciones disponibles demuestra a las claras que, gracias a su impulso, se han publicado muchas de las obras que hoy conforman la base de la cultura humanística toledana.

Como primera afirmación, a la vista de los datos disponibles, podemos plantear que todas las fuentes de información que hemos detallado al principio coinciden en que durante muchos decenios de los pasados siglos XIX y XX el panorama editorial extracapitalino en la provincia de Toledo ha sido casi enteramente yermo. Para el siglo XIX, cuando Pérez Pastor finalizaba hacia 1886 su colección de fichas de impresos toledanos, tuvo ocasión de registrar la presencia de talleres de imprenta tan solo en otras tres localidades junto a la capital: en Ocaña, en Quintanar de la Orden y en Talavera de la Reina. La práctica totalidad de los registros y fichas catalográficas incluidos en su excelente libro correspondía a la capital, pues en ella estaban los principales productores de libros. Hasta fechas muy recientes ésta ha seguido siendo la tónica general en la producción de libros.

Talavera de la Reina siempre ha venido siendo pujante en actividades comerciales e industriales; sin embargo y curiosamente Pérez Pastor apenas recoge noticias que testimonien la actividad de impresores en la historia de la ciudad; ninguna publicación se hace en Talavera hasta las muy tardías fechas del siglo XIX. Según las noticias que él nos ofrece, la primera imprenta de que se tiene constancia, de Severiano López Fando, se instaló en 1836. Tampoco el Catálogo Colectivo del Patrimonio Bibliográfico Español ha sido capaz de localizar hasta ahora ninguna producción impresa talaverana que complete o corrija las que cita Pérez Pastor. El ambiente, sin embargo, no debió de ser muy propicio para los proyectos de

López Fando, pues, a pesar de la ausencia de competidores en que parece que se encontraba, muy pronto, en 1848, se decidió a comprar un taller en Toledo, la imprenta de Ortiz, y se vino a instalar en la capital. Apenas publicó libros en estos doce años de estancia en Talavera, de los que Pérez Pastor cita uno tan solo, una enciclopedia infantil. Por nuestra parte hemos encontrado menciones a otras pocas obras, todas ellas dispares en cuanto a sus autores y contenidos: la primera se trata de un opúsculo sanitario, que se imprimió en 1844; otras dos son del año siguiente, 1845, un memorial de un arbitrista quejoso de los impuestos, y una obrita piadosa con una novena a la Virgen de Peñitas, de Oropesa. Por tanto, y a la vista de las características de los trabajos que de él conocemos en esta etapa, podemos afirmar que la labor publicista de Fando se limitó a ejecutar obras de encargo, sin especial empeño en crear una actividad editora propia. El primer impresor talaverano no era un editor.

En el fin del siglo XIX talaverano sí que destaca entre otros impresores la labor de Luis Rubalcaba. Su obra como editor sigue siendo citada entre los estudiosos de la ciudad desde que publicara en 1896 la obra clásica por excelencia de la historiografía talaverana, la monumental *Historia de la Muy Noble y Muy Leal Ciudad de Talavera de la Reina* de Ildefonso Fernández y Sánchez. La producción de libros de Rubalcaba se inició unos años antes, sobre 1888, cuando aparece su primera obra localizada hasta ahora, un curioso librito titulado *El trabajo es oro: colección de industrias explotables con pequeño capital*. La Biblioteca Nacional reseña una docena de ediciones suyas hasta 1910; y a la vista de títulos y contenidos parece claro que, salvo el estudio histórico de Ildefonso Sánchez, la mayoría fueron obras de creación, novela y poesía. Entre los autores de aquellos tiempos heroicos de las artes gráficas talaveranas destaca por prolífico el escritor, poeta y viajero, Jacinto Bonilla y Sánchez, con quien compartió Rubalcaba numerosos pro-

yectos editoriales, pues casi todo lo escrito por Bonilla fue editado en este taller. En el año 1908 se fecha la última obra conocida de este primer editor talaverano, la comedia de Valentín Bejarano titulada *Cuando el amor muere*.

Tras Rubalcaba desaparecen las noticias de publicaciones de libros, y por tanto de editores en Talavera hasta mediados del siglo XX; para buscar continuidad en la actividad editora hay que llegar hasta 1958, año en el que la Imprenta Ébora realiza la primera publicación que tenemos localizada, después de diez años de trabajos de imprenta, produciendo después de ella numerosas obras de encargo. Su etapa más fructífera como editora de libros parece haber sido la década de los ochenta, en la que hizo algunos libros propios junto con los que realizaba por encargo de diferentes editores, principalmente entidades públicas. Hay que señalar que, según los registros de la Biblioteca Nacional, en esta década de los ochenta del siglo veinte ya constan como talaveranas más de ochenta publicaciones con categoría de libro, cuatro veces más que en la década anterior, y llegan a cien en los últimos diez años del milenio.

Desde los años ochenta hasta mediados de los noventa, tan solo las instituciones públicas y las asociaciones culturales publicaron libros; y lo veremos con detalle más adelante. Entre los editores talaveranos contemporáneos, hay algunos que destacan por el esfuerzo de calidad con el que quieren caracterizar a sus obras. Para nosotros, el que está logrando mejores libros por su presentación, con obras de gran formato, bien ilustradas y magníficamente impresas, es la editorial Esfagnos, que tuvo una primera etapa con el nombre comercial de Canseco Editores, apellido de su creador, el también gran fotógrafo Vicente García Canseco. Carece de talleres propios, por lo que podemos calificarlo como un editor puro, que encarga, crea o recibe originales, para los que crea un diseño y una

maqueta, dirigiendo la impresión con esmero, recurriendo para la ejecución final a la empresa de artes gráficas más acorde con las características de la obra. Con un planteamiento parecido, aunque con muy pocas obras en su haber, tenemos que citar a Agesma Editores, muy reciente como empresa activa, que completa este modo de trabajar en Talavera.

En Ocaña se instaló a mediados del XIX, proveniente de Yepes, donde apenas dejó testimonios de actividad, la Imprenta Puigrós, editora entre 1868 y 1873 de otro de los primeros estudios históricos provinciales contemporáneos, la *Historia de la villa de Ocaña*, obra de Miguel Díaz Ballesteros y Benito de Láziz y García Suelto; la diferencia de cinco años entre el inicio y el final de la publicación, causada por la muerte del primer autor, obligó al editor a buscar quien continuara esta obra con calidad en el contenido adecuada al proyecto que él quería lograr; demostrando una voluntad que es propia de un editor. También, antes y después de esta obra, publicó otros trabajos menores. Otros talleres hubo en la localidad, que no desempeñaron labores editoriales, sino que ejecutaron labores meramente impresoras, como José Sánchez de Peral a fines de XIX y, ya en los años cincuenta y sesenta del XX, Artes Gráficas C.I.O., Imprenta Artística, o la más activa Imprenta Rubiales, entre otros.

Quintanar de la Orden fue en la provincia un caso particular en la etapa decimonónica, pues Pérez Pastor informa de la convivencia provechosa de tres talleres de imprenta en la población desde mucho tiempo antes de que él hiciera su catálogo, y a todos tres les fue bien a lo largo del siglo XIX. Como editora de libros, no sólo como taller de tipografía, destaca la Imprenta Fernández. Desde mediados del siglo XIX hasta hoy, tenemos datos de la continuidad de una imprenta con este nombre, completado a veces con distintos nombres de pila, o titulada como «hijos de». Es una esforzada saga

familiar, mantenedora de una línea editorial que, a la vista de lo conservado en los fondos bibliográficos de la red de bibliotecas de Castilla-La Mancha, estaba especializada en libros religiosos. Hoy, las asociaciones culturales mantienen la función editora privada respaldando a los autores comarcanos, lo que ha facilitado la publicación de los habituales libros de historia local. A esta actividad se empieza a sumar el Ayuntamiento en fechas recientes.

Como proyecto activo, tenemos noticia de la existencia en Torrijos de un taller de imprenta, Gráficas Torrijos, que está intentando aventuras editoriales con buena acogida en su comarca. La primera obra que le conocemos data de 1990, una *Historia de la Torre de Esteban Hambrán*, verdaderamente voluntariosa en su forma y contenido; las últimas realizaciones recogen la actividad de los autores y asociaciones locales, tan activos en Torrijos, entre los que queremos citar a la Asociación Juan Guas y a la de Amigos de la Colegiata; en ambas hay buenos autores, como Julio Longobardo o Jesús María Ruiz Ayúcar, entre otros, que promueven una creciente actividad editorial en alianza con Gráficas Torrijos.

Hay otros talleres de imprenta por la provincia y alguno hace libros, como puede haber ocurrido en Illescas o Consuegra. Pero no son editores en sentido estricto, por lo que no los reseñamos

Y, vista la trayectoria de las localidades con editores activos durante algún momento, daremos un vistazo a la capital. En Toledo la imprenta apareció en fecha temprana, a fines del siglo XV, iniciándose desde entonces una actividad editora que ha continuado durante siglos. Eso ha sido posible gracias a que han tenido su sede en nuestra ciudad una larga serie de instituciones educativas, administrativas y, principalmente, religiosas.

La intensa y diversa vida cultural de los siglos XVI y XVII se redujo por muchos motivos en las centurias siguientes, cesando también en su actividad los editores, que en las primeras etapas de la imprenta solían ser los propios libreros. Quedó la publicación de libros casi en exclusiva dependiente de los promotores pertenecientes al ámbito religioso, gracias a la presencia del arzobispado, del cabildo catedralicio, de las abundantes congregaciones regulares y seculares, más otras entidades religiosas de diverso tipo asentadas en la ciudad. Esta producción mayoritariamente eclesiástica estuvo completada con las obras del cuerpo de educadores e intelectuales que ejercían su función docente o administrativa en la ciudad. A fines del siglo XVIII los diversos colegios universitarios y centros de estudios superiores se refunden en una universidad por el cardenal Lorenzana y, aunque esta universidad desaparece en apenas medio siglo, ciertamente se mantuvo la producción de libros por sus docentes durante este tiempo, con vistas a ofrecer material didáctico o como resultado de sus estudios e investigaciones. El instituto de enseñanza secundaria en que se transformó la universidad a mediados del siglo XIX mantuvo un sólido claustro de profesores, con un nivel de producción científica muy meritorio, bien difundido por las imprentas locales. Esta función docente se vio aumentada desde mediados del XIX con la presencia de varias instituciones educativas militares. A pesar de todo, en el último decenio del siglo XIX y en los albores del siglo XX, como tantas otras actividades de la ciudad, había disminuido mucho la producción de libros; las obras eran escasas.

Vimos a Severiano López Fando abandonando Talavera a mediados del siglo XIX. Ya instalado en Toledo, la primera obra suya es un folleto de Antonio Martín Gamero, sobre impuestos, publicada en 1850. Hasta 1887 hemos localizado nada menos que ochenta y cinco publicaciones de Fando, en clara demostración de

que los libros publicados en Talavera eran un prelude de su voluntad editora. Entre los más destacados hay que citar la monumental obra de Sixto Ramón Parro, *Toledo en la mano*, publicada en 1857, y la *Historia de Toledo* de Martín Gamero, realizada cinco años después. Dos de los grandes libros sobre Toledo se deben a su trabajo.

La bien consolidada y productiva empresa puesta en marcha por Fando fue continuada por sus sucesores en 1887, con el nombre de su yerno, Imprenta de Juan Peláez, al frente, (que, apenas seis años más tarde, cambiaría a Imprenta de la Viuda e Hijos de J. Peláez). Realizaron abundantes libros: tenemos localizadas más de cien ediciones distintas entre los años 1893 y 1919, y entre ellas destacan los numerosos textos relacionados con el estamento militar: manuales de la Academia de Infantería, memorias, ensayos e impresos que le llevaron a presentar en algunas ocasiones su nombre como Imprenta Militar de la Viuda e Hijos de J. Peláez. Entre los libros de otros autores contemporáneos publicados aquí citaremos a Juan Moraleda y Esteban, Adolfo Aragoneses, Teodoro San Román y a Castaños y Montijano. Tras el cambio de titular en 1919, por venta a Medina, cesó en la edición de libros y el taller desapareció completamente en 1936.

La imprenta de Rodríguez actualizó su nombre en diversas ocasiones: aparece primero como Viuda e Hijos de Rodríguez, después Rodríguez y Hermano, también Talleres Tipográficos de Rodríguez, Rodríguez y Compañía y finalmente Rodríguez Impresor, entre otros. Su actividad ha dejado testimonios desde 1894 hasta 1936, en que desaparece. Las primeras referencias de esta saga de impresores las tenemos por su labor como directores técnicos de la imprenta del Asilo Provincial y finalmente por la realización de pocas producciones propias, varios periódicos y obras de encargo de instituciones eclesíásticas.

El taller fundado por Florentino Serrano fecha su primer trabajo conocido por nosotros en 1888; y ha llegado hasta hoy con el nombre de Imprenta Serrano. Situada en uno de los lugares más céntricos de Toledo, habitualmente ha resuelto los encargos de autores o instituciones toledanas y su producción editorial propia ha sido muy limitada; las publicaciones de libros llegaron a fines del siglo XX, desde el año 1974 en adelante, y sustancialmente se han referido a temas de humanidades, como la historia y la literatura, junto con obras de divulgación de contenidos toledanistas. Hoy, tras una remodelación de la empresa, tiene parte de sus talleres fuera de la ciudad, en un polígono industrial de un pueblo cercano, pero mantiene su sede en el mismo lugar. A título de muestra, quiero mencionar entre sus obras recientes las ediciones de libros de Luis Moreno Nieto.

Otra entidad, seguramente el empeño más fructífero entre los editores clásicos toledanos, es la empresa iniciada como taller de imprenta por Rafael Gómez Menor y sus hermanos en los años ochenta del siglo XIX, una empresa y un empresario que demostró en fecha muy temprana su interés por los libros. Los primeros trabajos los cita Pérez Pastor como novedad en 1886, aunque había nacido en 1884, bautizada con el nombre de Imprenta, Librería y Encuadernación de Menor Hermanos. Como buena imprenta con vocación de editorial consolidó su fama con una trayectoria de constante producción de libros. Amplió y especializó sus funciones en los años setenta del siglo XX, hasta llegar a la creación de una editorial independiente a partir de 1981, con el nombre de Editorial Zocodover, y como tal se ha distinguido en la edición de obras de contenido local. En la Agencia Española del ISBN hay registradas cincuenta y cinco referencias de libros suyos en un corto plazo, la última de 1995; su última etapa se sostuvo por el empeño empresarial de su entonces propietario, Gabriel Gómez Menor, aunque simultáneamente publicaba en sus talleres otros libros ajenos, obras

de encargo. A pesar de haber clausurado hace algún tiempo los talleres de imprenta, hoy permanece legalmente viva como editorial; confiamos en que todavía ofrezca alguna muestra más de su buen hacer. Gracias a ella, se han podido releer obras de autores clásicos toledanos como Martín Gamero, Olavarría, el Conde de Mora o el Vizconde de Palazuelos, junto con abundantes novedades estrechamente vinculadas en su mayoría con la vida local que han resultado ser de consulta imprescindible. Junto a las publicaciones de venta garantizada, como las de temática local, también ha sabido arriesgarse editando obras de creación, en prosa y poesía, o ensayos.

Una excepción en el panorama de imprentas editoras de libros es el intento de Santiago Camarasa, hombre emprendedor en tantos campos, de crear la primera editorial en el sentido moderno de la que tenemos noticia. Entre los años 1920 y 1922 publicó a nombre de la Editorial Arte tres libros, realizados en los talleres de Gómez Menor, pero con su sello propio como editorial. No perduró el proyecto, pero su intento bien merece nuestro recuerdo.

Hubo otros talleres que entraron en el siglo XX pero no consiguieron perdurar.

Como proyecto claramente editorial, como indicaba desde su mismo nombre, encontramos que en 1919 nacía la Editorial Católica Toledana, institución privada de carácter empresarial y con trayectoria económica independiente de las instituciones eclesiásticas, a pesar de que su título manifiesta a las claras el ideario de sus promotores y, en definitiva, sus principales clientes y casi mantenedores. Su denominación con el término «Editorial» en el comienzo de su nombre era una manifestación clara de voluntad, como acreditan los sesenta y un libros que la Biblioteca Nacional conserva como salidos de sus prensas, el último de ellos fechado en 1972. En

estos libros las materias eran muy diversas, pues editaron guías turísticas junto a libros de historia, de poesía o tratados de uso militar para los cadetes de la Academia. Y siempre tuvieron presente su finalidad propia, servir de soporte a las peticiones de la iglesia toledana, dando cauce a sus necesidades de publicación de impresos: pastorales episcopales, tratados de educación católica para todos los niveles, difusión de la labor de la Iglesia en ámbitos diversos, además de las ediciones que se realizaban a petición de las congregaciones o cofradías de la diócesis. Entre sus obras más destacadas figuran varios libros agrupados en la serie que nombraron como Biblioteca Toledo, de ellas hay que citar los tres volúmenes de Fernando Jiménez de Gregorio, querido amigo y compañero, titulados *Los pueblos de la provincia de Toledo hasta finalizar el siglo XVIII. Población, sociedad, economía, historia*, aparecidos entre 1962 y 1970; por nuestra experiencia directa durante años de trabajo en la Biblioteca de la Diputación provincial, sabemos que es la obra más consultada y todavía imprescindible para cualquier estudio sobre nuestra provincia.

Sólo al final del siglo recién finalizado han aparecido otros proyectos editoriales que ahora señalaremos, que están animados con voluntad firme y vocación de empresa, superando el planteamiento de tantos talleres de imprenta que completan su actividad y sus ingresos con la edición de algunos pocos libros de encargo.

Con eficaz especialización en guías y otras obras de difusión de nuestro patrimonio, destinadas a los numerosos turistas que visitan nuestra ciudad, Julio de la Cruz Arribas ha editado desde 1989 un total de diecisiete libros. Como experiencia cumplida y finiquitada hay que citar a la Editorial Arcano, animada por Juan Blázquez Miguel, editor y autor de cuatro libros en apenas dos años, 1989 y 1990, todos ellos sobre historia de la Inquisición española.

La Editorial Azacanes, desde que se inscribiese en el año 1990 en la Agencia del ISBN ha registrado veintitrés libros hasta el año 2000; en sus comienzos los temas dominantes eran los libros de apoyo a la enseñanza, como no podía ser menos en atención a la actividad docente de sus fundadores, pero pronto se diversificó la producción. Su contenido es variado, aunque dominan las humanidades: sobre todo, sociología, pedagogía e historia; en su haber cuentan, como obra destacada, con la *Historia de Toledo* más completa y reciente de las editadas en la ciudad, realizada con Julio de la Cruz Muñoz como promotor y coordinador.

Jesús Muñoz Romero impulsa otra editorial también fructífera: desde 1995 a 2001 ha puesto en la calle veintidós libros. En ellos se mezclan libros de texto con guías turísticas y una colección de pequeños libros destinados a recoger tradiciones y leyendas de Toledo y sus pueblos; en sus publicaciones aparece como Editorial Ledoira y en el nuevo siglo ha ampliado su actividad.

A partir del año 1998 en que se registra como editor, Antonio Pareja ha realizado, con primor y cuidado pioneros entre los empresarios toledanos, una importante cantidad de libros de contenido diverso. La mayoría de ellos coinciden en centrarse en Toledo, reeditando obras de los clásicos relacionadas con la ciudad, como el *Toledo* de Galdós, *La catedral de Toledo*, de Blas Ortiz, la *Celestina* de Fernando de Rojas y una *Ilustre Fregona* de Cervantes. Junto a ellos hay obras de estudio como el de la mezquita del Cristo de la Luz, obra colectiva. Ha dado a la luz bellísimos facsímiles de clásicos de la historia del arte, como las *Medidas del romano* de Diego de Sagredo o los *Libros de Arquitectura* de Vitrubio. A pesar del corto plazo de actividad que ha desarrollado, es un empeño empresarial bien consolidado. Su mano se puede también encontrar en otros muchos libros, no publicados, aunque sí dirigidos y diseñados por él para muchas instituciones toledanas.

Otra empresa reciente es Ediciones Bremen. Han conseguido sacar dos libros en el año 2000 antes de que finalizase el siglo, y continúan editando en este siglo XXI obras ambiciosas; entre ellas destacamos una voluminosa *Historia del arte en Castilla-La Mancha* y la cuarta edición, en cuatro volúmenes, de la imprescindible *Historia de las calles de Toledo*. También parece decantarse por las humanidades.

Para completar una visión general de las publicaciones de libros en Toledo es necesario dar un vistazo, aunque sea somero, a la labor editorial no empresarial. Asociaciones o entidades culturales, centros educativos, colegios profesionales, ayuntamientos y otras administraciones públicas, mantienen un esfuerzo continuo para difundir por nuestra provincia aquellos libros que consideran necesarios.

Los encargos a imprentas por parte de la Administración se han demostrado muy importantes para garantizar el funcionamiento de algunos de los talleres tipográficos mencionados. En algún caso, el volumen de trabajo institucional llevó a algunas entidades a la creación de sus propios talleres tipográficos para proveerse de modelación impresa. Con este planteamiento se crearon y funcionaron imprentas en el Colegio María Cristina de Huérfanos de la Infantería, en la Fábrica Nacional de Armas de Toledo, en la Academia de Infantería y en la Diputación Provincial. En consecuencia, habiéndose dotado de sus propios talleres, en poco tiempo asumieron una nueva actividad editorial, publicando libros cada vez con mayor frecuencia, hasta tal punto que su labor sobrepasó en mucho la actividad privada. De modo inevitable, esto concluyó con la desaparición de algunos pequeños talleres particulares.

Con el tiempo las imprentas de establecimientos militares han

venido también desapareciendo, del mismo modo que sus instituciones, y hoy tan solo permanece un taller en la Academia de Infantería. Como él, se ha mantenido activa la Imprenta Provincial, creada por la Diputación. Su función principal ha sido la obligación legal de editar el Boletín de la Provincia, pero pronto prestó sus servicios para publicar libros a otras entidades o personalidades que necesitaban de sus recursos, aunque no fuesen estrictamente necesidades de la Diputación. Como muestra, citemos que allí publicó a principios del siglo XX sus obras Ramírez de Arellano, entonces Secretario del Gobierno Civil, sobre arte y artistas de Toledo. Hoy permanece activa y ha sido remozada, ofreciendo solución para muchos de los libros que edita la Diputación por sí o en colaboración con ayuntamientos y otras administraciones. En los últimos años, como sucede de modo general, su labor se ha visto incrementada, pudiendo cifrarse en más de un centenar de publicaciones las que han pasado por mis manos, como responsable de esta actividad desde 1992.

De lo hecho por los ayuntamientos destaca, como no podía ser menos, la actividad de Talavera de la Reina y la de Toledo. El Ayuntamiento de Toledo ha editado durante años los trabajos que resultan ganadores de los premios «Ciudad de Toledo» que convoca para temas de historia, teatro, poesía, novela, más alguna otra obra de carácter puntual; recientemente ha creado la revista *Archivo Secreto*.

La parte sustancial de la renovación editorial reciente en Talavera de la Reina ha tenido también un efectivo impulso desde la administración municipal. A la vista de los títulos localizados o conocidos, gran parte del mérito de las cifras de libros editados en el último tercio del siglo veinte corresponde al esfuerzo del Ayuntamiento, editor fructífero, que también publica los premios

literarios que viene convocando cada año, de los que ya se han consolidado, por su larga tradición, los dos de poesía («Rafael Morales» y «Joaquín Benito de Lucas») o el de historia («Jiménez de Gregorio»).

La misma actividad han desarrollado muchos de nuestros municipios, interesados en difundir el resultado de estudios sobre su propio pasado, sus valores artísticos o las más destacadas características de su folclore y sus tradiciones. La Agencia Española del ISBN enumera, entre los más de doscientos registros de editores actuales, una cincuentena de ayuntamientos en la categoría de autor o promotor de una o dos publicaciones. En colaboración con la Diputación, y por tanto bajo su nombre, otros tantos se podrían sumar a esta lista. Entre ellos hay que citar de modo obligado a La Puebla de Montalbán, cuya obra conmemorativa del quinto centenario de la publicación de *La Celestina* es una muestra excelente de libro institucional, de cuidadísima presencia y esmerada ilustración.

Junto a los editores privados y la labor de la administración, hay que mencionar en Toledo también a otras muchas instituciones, públicas y privadas, dispuestas a editar algún libro aunque solo sea de modo puntual. Empezaremos por destacar la labor voluntariosa y meritoria de las asociaciones culturales; algunas, como la Sociedad Arte o la Asociación Montes de Toledo, con varios decenios a sus espaldas, otras más recientes, como el grupo de poetas Hermes 4, pero todas ellas capaces de sostener una revista o una colección de monografías de duración sorprendente para empeños artísticos, comarcales o poéticos. Junto a ellas, las publicaciones de los centros educativos (institutos de enseñanza media, el Seminario y sus centros de estudio, los centros de profesores, y otros más) que resultan ser las más fructíferas, no solo en la capital sino en toda la provincia.

En la capital radican las instituciones con más extensa trayectoria editorial: esta Real Academia, constituida en 1916, y el Instituto Provincial de Investigaciones y Estudios Toledanos (I.P.I.E.T.), fundado por la Diputación Provincial en 1963. La Real Academia ha editado pocas monografías, pero su labor más destacable es la continuidad en la edición de su boletín, iniciado con su nacimiento y titulado *Toletum* en su segunda etapa. Por su parte, el Instituto ha sacado varios cientos de libros monográficos sobre Toledo y su provincia, y también tiene su propia revista de investigación, *Anales Toledanos*, iniciada en 1965. En los libros del I.P.I.E.T. se han tratado todo tipo de temas, dominando los contenidos histórico-artísticos, como no podía ser menos, pues es en definitiva el valor más difundido de nuestra ciudad y provincia. Pero aparecen también obras de geografía o estudios de literatura, catálogos de flora y estudios neurológicos.

Los estudios históricos se completan en Toledo con la labor del Instituto Visigótico Mozárabe de San Eugenio, fundación diocesana especializada en el estudio de la mozarabía. La diócesis también creó el Estudio Teológico de San Ildefonso, principalmente para dar cauce a las obras producidas en razón de la labor de estudio y educativa del Seminario Mayor de Toledo; su trabajo, sobre todo en las fechas más recientes, ofrece numerosas monografías. A ellas se ha sumado recientemente la revista *Toletana*.

El valor del patrimonio monumental y artístico de la capital se ha presentado dignamente gracias a los cuidadosos esfuerzos de la Real Fundación Toledo, con un corto catálogo pero con obras muy atractivas, logradas con la participación de otras entidades como coeditores y en permanente demostración de un esfuerzo constante en el cuidado de la forma; citaremos como suyos el *Misal Rico de Cisneros* de Ana Muntada, la recapitulación de Antonio Pau sobre el *Toledo grabado*, o la colección *Cuadernos de restauración*.

Varias instituciones públicas de ámbito provincial tienen en Toledo su sede: la Cámara de Comercio, la Caja Rural, el extinto Colegio Universitario, distintas asociaciones y todos los colegios de profesionales. Citaremos la labor de alguno de ellos.

Por la calidad formal de sus publicaciones, hay que hacer una cita a la Delegación en Toledo del Colegio de Arquitectos; desde la edición conjunta con el I.P.I.E.T. del libro *Muros de Toledo* en 1995 han publicado diversas obras de la arquitectura de todos los tiempos en Toledo, con un esfuerzo especial para las que tocan más a nuestro pasado, como las correspondientes a los trabajos de investigación de Jean Passini sobre el Toledo medieval o la reedición de los planos de Ibáñez de Ibero.

La desaparecida Caja de Ahorros Provincial de Toledo (hoy subsumida en la Caja de Castilla-La Mancha), con sus convocatorias anuales para la edición de libros toledanos puso en la calle una cincuentena de monografías en la década de los ochenta, de contenido variado aunque dominasen las humanidades; al final de estas convocatorias extendió sus contenidos publicando temas de las provincias cercanas. De igual modo, también tuvo una vida fructífera el Colegio Universitario de Toledo, editor de muchos congresos y reuniones científicas durante sus años de vida. Al incluirse en la Universidad de Castilla-La Mancha cesó en su actividad, pues el Servicio de Publicaciones universitario recaló en Cuenca.

Otras instituciones de mayor rango y extensión territorial, como son la Junta de Comunidades de Castilla-La Mancha o las Cortes regionales, están oficialmente asentadas en la ciudad y por tanto son formalmente editoras en Toledo, aunque se rigen en sus planteamientos por miras que se distinguen y superan lo local. El Servicio de Publicaciones de la Junta de Comunidades ha realizado durante

los años ochenta y noventa una labor imprescindible para conocer las muchas riquezas de nuestra región. Después de veinte años alguno de sus libros son de presencia obligada en la biblioteca de cualquier estudioso sobre nuestra ciudad o provincia. No me resisto a citar el libro *Arquitecturas de Toledo*, de tan socorrido uso para los que buscan conocer cualquier detalle del arte de nuestra ciudad. Hoy continúan con buen empeño su actividad editora.

Igual que vimos en la capital, también en la provincia las asociaciones culturales han sido otro de los grandes promotores de publicaciones. A partir de los años ochenta proliferaron, primero en las grandes poblaciones y luego por todos los pueblos y comarcas; entre sus primeros objetivos estaba en casi todos los casos la publicación de una revista que, tan pronto como la asociación se consolidaba, se completaba con algún libro de tema local. En muchas ocasiones puede que no hayan sido los editores, pero su presencia ha sido determinante para que un autor, un ayuntamiento o un editor se animase a dar el paso de publicar, sabiendo que contaría con su apoyo para la difusión de la obra. Citaremos al menos la Asociación Santiago Apóstol de Quintanar, o la Asociación de Amigos de la Sierra de San Vicente, en la que tanto se entregó nuestro amigo Ángel Deza.

A finales del siglo XX aparecieron en Talavera las entidades culturales y las asociaciones particulares, como el recordado grupo de El Candil. El Colectivo Arrabal es ahora el más activo en la publicación de libros, con unos objetivos definidos en su contenido y constantes en su esfuerzo; su labor está animando la vida cultural talaverana en todos los ámbitos, con excelentes frutos hasta el fin de siglo. Entre las buenas obras del Colectivo Arrabal hay que citar su revista, titulada *Cuaderna*, de gran calidad por su forma y contenido, iniciada en 1994 y que ya cuenta con su octavo número publi-

cado; junto a ella, media docena de libros todos ellos de contenido talaverano, principalmente histórico aunque con alguna atención a otras actividades culturales y artísticas.

En el ámbito de la edición, particularmente la literaria, ya en el cuarto final del siglo pasado hay que destacar la labor relevante del Centro de Estudios sobre la Mesa de Ocaña, fundado y sostenido con el esfuerzo de un grupo de profesores del Instituto de Enseñanza Media encabezado por Felipe Pedraza Jiménez; gracias a su empuje se editaron varios libros agrupados en una serie pionera en la provincia de Toledo, tanto por la calidad de las obras como por las difíciles circunstancias que, en los primeros años ochenta, acompañaban indefectiblemente a los empeños de este tipo. El Centro de Estudios de Ocaña seguía activo en 1994, aunque su actividad editorial ha quedado muy disminuida.

Como conclusión, podemos decir que en la mayor parte del tiempo estudiado la actividad editora toledana ha estado muy condicionada por la voluntad de las instituciones asentadas en la ciudad. En el siglo diecinueve la edición de libros fue una actividad esporádica, dependiente de la decisión de los autores o, en algún caso excepcional, de algún editor con taller propio, cuya labor más habitual y rentable era la impresión antes que la edición de libros, hasta el punto de que ninguno se nombró editorial en este siglo; las excepciones no justifican hablar de actividad editorial consolidada. En las tres cuartas partes del siglo veinte también han sido principalmente la Administración, la Iglesia y los centros educativos los que han marcado las pautas de la producción de libros (no así de la prensa periódica, que tuvo y tiene una dinámica propia desde el siglo anterior). Esta labor se veía completada por algunos empeños de particulares (poetas, literatos, estudiosos) que querían poner sus creaciones a disposición del público, casi siempre a su costa. En

muy contadas ocasiones los talleres de imprenta asumían como propia la edición de obras que no tuviesen la venta garantizada, bien en las aulas o entre los turistas. Salvo los casos de la Editorial Arte, empeño personal de Santiago Camarasa, y la Editorial Católica Toledana, en el centro del siglo pasado, y de la Imprenta Gómez-Menor en el último tercio, se ha carecido en Toledo de un empeño empresarial como editorial consolidada durante la mayor parte de estos cien años. El momento de mayor renovación es el sucedido en los años ochenta, de modo general en cualquier punto de la provincia, en coincidencia de esfuerzos de la actividad institucional con la iniciativa privada, sea con entidades culturales sin ánimo de lucro o con nuevas empresas. La buena labor y la continuidad de muchas de muchas de estas nuevas empresas aparecidas durante los últimos años apunta a la definitiva estabilización de un tejido empresarial independiente, capaz de ofrecer un servicio bien diversificado y de calidad.

Y, finalmente, hay que rendir tributo al signo de los tiempos: un nuevo mundo de editores se está descubriendo ahora mismo, aprovechando las posibilidades que ofrecen las nuevas tecnologías: las ediciones electrónicas cada día proliferan con todo tipo de contenidos. Pero esto será para una próxima entrega; por hoy, nada más que darles las gracias por su presencia.